

CHINA MAS CERCA

«DURANTE diecisiete años, desde 1949 a 1966, nuestra Universidad acogió a los hijos de los obreros y de los campesinos. En seis años se convertían en perfectos burgueses, que no pensaban más que en hacerse un nombre y en ganar buenos salarios, olvidando que la tarea primordial es servir al pueblo».

Yuan She-ming sonríe. Somos catorce, reunidos alrededor de una enorme mesa, pesada y maciza, colocada en el centro de uno de los salones del rector de la Universidad Chínhua, en Pekín. Están presentes: un miembro de la escuadra de propaganda obrera, encargado de la transformación del sistema educativo; dos docentes, los profesores She Kus-huan y Chien Wei-chan; un dirigente político; dos guardias rojos, ex estudiantes universitarios; dos estudiantes de origen obrero; un estudiante «obrero veterano»; un responsable del comité revolucionario de la Universidad; Yuan She-ming y el que escribe.

El rector no se encuentra con nosotros. «Ha seguido la línea revisionista de Liu Shao-chi —me informan—; le echamos y ahora está en el campo, donde trabaja con los profesores y con los estudiantes revolucionarios, dando clases en la escuela para campesinos». «¿Volverá algún día?». «Es posible —me contestan—, pero es necesario que antes se rehabilite ideológicamente y adopte una nueva línea política».

En China, no sólo el rector de la Universidad Chínhua ha cambiado. En Pekín han cambiado los nombres de las calles y de los mercados cubiertos. La gran arteria comercial, que se llamaba calle del «pozo artesiano del príncipe», se ha convertido en «la calle del pueblo». Su continuación es la «calle de la revolución permanente», que cruza a la «calle del antiimperialismo». Por todas partes aparecen, oportunas, las citas del presidente Mao Tse-tung. Durante la revolución cultural se escribía con prisa en hojas de papel, que luego se pegaban en las paredes. Hoy se pintan al óleo, con minuciosidad, siempre de color rojo y a veces con un finísimo bordado de color amarillo para dar realce a las letras. Algunas citas tienen una altura de cinco metros; otras tienen el tamaño de una caja de cerillas y se pueden llevar en el ojal. Se ven por todas partes: pintadas en los postes del tendido eléctrico, colgadas de los faroles, en los cruces. Se encuentran en las garitas de los agentes de policía, en las peluquerías, en los restaurantes, en los escaparates y en los costados de los aviones.

Setenta yuans al mes

También los retratos del presidente Mao abundan por todas partes. Algunos, en forma de medalla,

ALESSANDRO CASELLA

En el número anterior de TRIUNFO, páginas 6 y 7, se hablaba de la hora de China. Un lento proceso de maduración —más que de actitudes, de necesidades— parece acercarnos al momento en que China sea reconocida por los países occidentales. La llamada «paz del ping-pong» puede servir, dentro de su carácter anecdótico y casi caricaturesco, de síntoma: la entrada de China en la ONU se aproxima. Se tiene la sensación de que un continente sumergido vuelve a la luz. Y en esta coyuntura brota la pregunta: ¿cómo es hoy la China Popular? ¿Qué es lo que hacen sus habitantes? ¿Cuál es la vida actual de sus jóvenes, ancianos, obreros, campesinos, estudiantes, soldados o intelectuales? Tal es el tema de este amplio y detallado testimonio, recogido por Alessandro Casella, tras un viaje de dos meses por las ciudades, el campo, las fábricas y las Universidades de este inmenso país.

«Esta "revolución pedagógica" tiene que inspirarse en el pensamiento de Mao, y tiene que estar dirigida por la vanguardia del proletariado, es decir, por el partido».



se llevan en la solapa: hay imágenes de Mao rodeadas por un sol, o bien de Mao joven, cuando tenía veinte años y llevaba un hábito largo de cuello alto propio de los estudiantes de entonces.

Los escaparates de las tiendas están adornados de acuerdo con la consigna «la política ante todo». Las muñecas sostienen en la mano el Libro Rojo. Entre los zapatos, los termos, los relojes y las cacerolas se alzan bustos de Mao, estatuillas que representan a los guerrilleros palestinos y símbolos parecidos: a menudo, la tela del fondo es un enorme «poster» que representa a un soldado del Ejército popular de liberación con el rostro decidido y un fusil al brazo.

Pero aparte de las citas de Mao, Pekín sigue siendo la misma ciudad de siempre. Ciertamente, en cinco años han surgido nuevos barrios, cuyas casas, de acuerdo con sabios criterios urbanísticos, son de tres pisos. Pero se siguen plantando los árboles de acuerdo con las tradiciones. Y se conservan las antiguas torres, toscas y macizas.

Tampoco el pueblo chino ha cambiado. Tiendas y restaurantes están siempre abarrotados. En las esquinas de las calles se ven a menudo pequeños quioscos, en los que se ponen suelas a los zapatos y se cosen botones. Y si se quiere, se puede encargar un traje a medida para el invierno. En cuanto a los precios, son bajos para los artículos de primera necesidad y altos para los productos más elaborados. Un gorro acolchado para el invierno cuesta 50 pesetas, y una chaqueta, 200. No obstante, es muy difícil establecer comparaciones, ya que el sistema comercial empleado en China es diferente al de los países capitalistas.

Un obrero chino gana, por término medio, 70 yuans al mes. En teoría, son 2.000 pesetas, pero en la práctica es mucho más. Efectivamente, la vivienda le cuesta solamente 5 yuans, y el alimento, 15. Una bicicleta cuesta 200 yuans, y un reloj, 100. En definitiva, esto quiere decir que una familia de cuatro personas puede vivir sin privarse de lo necesario con 70 yuans al mes. Si trabaja la mujer, se puede llegar a unos ingresos medios de 120 yuans, 20 de los cuales pueden ser ahorrados. Por otro lado, el gobierno fomenta el ahorro, y el Banco de China ofrece un interés del 3 por 100. Dado que en China no existe una situación inflacionaria, esto corresponde a un interés del 8 por 100 en Europa. Esto significa que en el término de un año una familia habrá ahorrado lo suficiente para comprarse una bicicleta y tal vez un transistor. Al año siguiente se podrá comprar un reloj.

En la Universidad de Chínhua

Hoy este es un hecho adquirido. Es cierto que se vive mejor en

algunas ciudades que en otras; también es cierto que se vive mejor en las ciudades que en el campo. Pero ya nadie se muere de hambre en China, y aquellos días cuando en las calles de Shanghai se recogían por la mañana, mezclados con la basura, diez mil muertos al año, hombres y mujeres muertos de hambre y de frío sobre las aceras, esos días han pasado. Y esto en China es una revolución, es un capítulo cerrado. La primera página se abrió en 1949. La segunda, en 1966. La China de hoy no es la China de la «liberalización», como aquí se dice: es la China de la segunda revolución.

Se puede afirmar que esta revolución tuvo uno de sus principales trampolines en la Universidad de Chinhua, en la que precisamente me encuentro.

Fundada en 1911, la Universidad de Chinhua ha producido en treinta



«Nosotros fabricamos aquí mismo todo aquello que necesitamos. Nos habían dicho que no era posible y que ya no había mineral de hierro ni carbón en la región. Nosotros lo hemos encontrado».

y ocho años un alto porcentaje de los cuadros chinos de hoy. Cerrada en 1948, Chinhua reabrió sus puertas en 1949, después de la entrada en Pekín del Ejército rojo. Como Universidad técnica, Chinhua se ha visto menos afectada que las demás por el proceso de renovación ideológica de los intelectuales, iniciado por el partido a partir de 1950.

El reproche que hoy se hace a las Universidades es que ya no son «las continuadoras de la revolu-

ción». En Chinhua, el rector fue acusado de haber predicado la restauración del capitalismo. Ya no seguía las directivas de Mao, y (esta es la acusación) animaba a los estudiantes a que obtuviesen mejores notas con el fin de poder «trabajar en el extranjero y ganar mucho dinero».

Se dice que la tensión durante la época de exámenes era tan fuerte que varios estudiantes llegaron a suicidarse. Finalmente, el viejo comité del partido en la Universidad, compuesto por treinta y nueve miembros, comprendía «quinientos profesores burgueses y ningún obrero».

«Primero nos obligaron a seguir la línea occidental —me dice Yuan She-ming—; después, la línea soviética, y, finalmente, la línea burguesa. Para cambiar este estado de cosas fue preciso que el presidente Mao comenzase él mismo la revolución cultural».

El primer «tapezao» (típico manifiesto en caracteres muy gruesos) fue colocado, el 25 de mayo, en las paredes de la Universidad de Pekín. Firmado por siete estudiantes y profesores, en él se acusaba violentamente a las autoridades universitarias de manifestar tendencias burguesas.

Una semana después, el «tapezao» se reprodujo en la prensa y fue difundido por la radio, y aquella misma tarde aparecieron otros «tapezaos» sobre las paredes de Chinhua. Durante nueve días se asistió a una oleada de críticas contra las autoridades universitarias, y de rechazo contra el partido. El 9 de junio, el partido contraatacó. Para hacer frente a las críticas, Liu Shao-chi mandó a Chinhua a los «grupos de trabajo» y adoptó una aparente línea de izquierda para llevar a cabo una política de derecha.

El resultado fue que rápidamente los estudiantes se dividieron en tres grupos: un grupo mayoritario, compuesto por aquellos que hoy son calificados como los «desilusionados», que seguían moderadamente a los grupos de trabajo, y otras dos facciones minoritarias, de las cuales una (los «manipulados») estaba activamente a favor de los grupos de trabajo y la otra (los «revolucionarios»), activamente en contra.

Mientras la lucha se desarrollaba en el interior de la Universidad, el movimiento de los guardias rojos, en la escuela secundaria adjunta a la Universidad Chinhua, alcanzaba cada vez mayor amplitud. Liu Shao-

chi se presentó dos veces en Chinhua para alentar a los grupos de trabajo. Le siguió con diferencia pocos días Chu En-lai, que conversó con un estudiante «revolucionario» que estaba en la cárcel por orden de los grupos de trabajo. La visita de Chu En-lai marcó un importante cambio en la lucha que se estaba produciendo; efectivamente, el primer ministro dio la razón al estudiante y ordenó que fuera puesto en libertad. Esto reforzó considerablemente la posición de la izquierda. A esta acción siguió una carta que Mao dirigió el 1 de agosto a los revolucionarios y a los guardias rojos de Chinhua para manifestarles su apoyo.

En ese momento la partida estaba perdida para los grupos de trabajo. Su retirada de la Universidad comenzó el 4 de agosto y se concluyó el 8 de ese mismo mes, es decir, diez días antes de la publicación de la «resolución de los dieciséis puntos» del 18 de agosto, que señalaba oficialmente el fin de los grupos de trabajo.

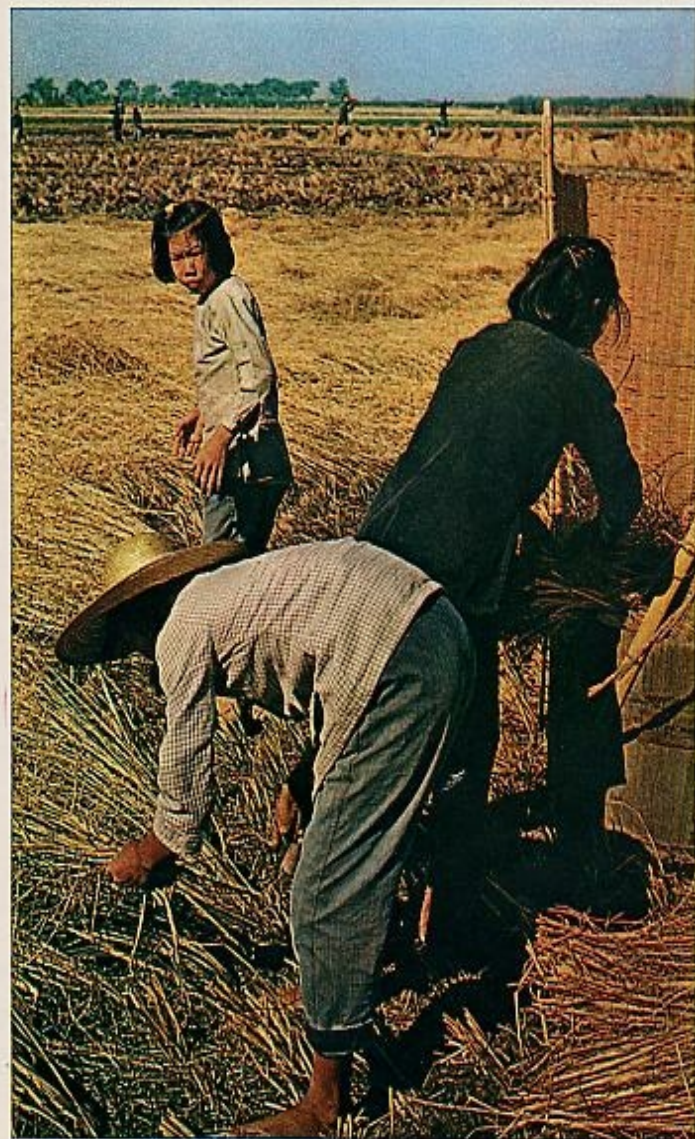
Esta victoria de los revolucionarios precedía, no obstante, a los sucesivos enfrentamientos, que serían más duros. El rector había sido destituido, los grupos de trabajo se habían retirado, y a partir del 18 de agosto, Liu Shao-chi era duramente atacado en los «tapezaos» de Chinhua. Pero antes de abandonar la Universidad, el grupo de trabajo que había sustituido al rector había puesto en su lugar a un «comité revolucionario provisional de la revolución cultural». Compuesto por dieciséis miembros de la Universidad, este comité continuaría la obra de los grupos de trabajo, y solamente sería eliminado en el mes de enero de 1967. En esta fecha, los guardias rojos tomaron definitivamente el poder en Chinhua.

El 14 de abril, el grupo más importante de guardias rojos, llamado «grupo del monte Gin-Gian», se escindió en dos facciones, que el 23 de abril llegaron a las manos o, con la terminología de Pekín, «recurrieron a las fuerzas».

«Estas violencias —me explican mis interlocutores— afectaban a un pequeño sector. La mayor parte de los estudiantes no asistía a la Universidad, que estaba ocupada por las dos facciones rivales (unos trescientos estudiantes en total), que se habían atrincherado allí».

Un nuevo sistema pedagógico

Durante tres meses, los estudiantes no fueron molestados, con la esperanza de que resolverían por sí mismos sus divergencias. No sucedió así. La decisión se tuvo que imponer en un determinado momento desde el exterior. El 26 de julio, los obreros de sesenta fábricas de la región de Pekín, de acuerdo con algunas unidades del Ejército, crearon «la escuadra de propaganda del pensamiento de Mao Tse-



«Antes de 1949, la producción media anual de un «mu» de tierra (15 «mu» equivalen a una hectárea) era de 50 kilogramos de cereal. En 1969 llega a 207 kilogramos por «mu», y se espera aumentarlo en años sucesivos».



CELTAS

Un autentico sabor
a tabaco

es una labor de TABACALERA, S. A.

CELTAS
EXTRA

CELTAS

CELTAS
EXTRA



Estudiantes de una escuela secundaria de Shangai, en prácticas de Química.

tung de obreros y del E. P. L. (Ejército Popular de Liberación). La tarde del 27 de julio, la escuadra de propaganda, que contaba con treinta mil hombres, ocupó la Universidad. Su consigna era: «Evitar el recurso a la fuerza, crear la unidad y restablecer las clases».

Era el momento de la reconstrucción. El 30 de julio, veinticinco mil hombres de las escuadras de propaganda se retiraron de la Universidad; los cinco mil restantes (que actualmente son trescientos) se dedicaron a dirigir la depuración de las filas revolucionarias y a promover la triple alianza entre el E. P. L., los cuadros (profesores, etcétera) y los estudiantes. El 16 de agosto, las dos facciones se reunieron con el fin de crear un nuevo comité revolucionario.

Este comité nació el 25 de enero de 1969. Compuesto por veintiséis miembros (cinco militantes, seis representantes de la escuadra de propaganda obrera, cuatro profesores, dos dirigentes, siete estudiantes, un administrativo y otro empleado de la Universidad), es el órgano que dirige toda la Universidad. No solamente decide en los asuntos corrientes, sino que es también el encargado de «la construcción y consolidación del partido» y también de «la revolución pedagógica», es decir, de la reorganización del sistema educativo de acuerdo con el pensamiento de Mao Tse-tung.

Su primera tarea, es decir, la reconstrucción del partido, se realizó el 10 de enero de 1970 con la constitución del «comité del partido en Chínhua» a partir del comité revolucionario. Queda pendiente la otra tarea, la reconstrucción de un nuevo sistema educativo, que está todavía en una fase experimental.

Las bases ideológicas de lo que tiene que ser la nueva «Universidad socialista» se encuentran en la «directriz del 7 de mayo» de Mao, según la cual la enseñanza tiene que estar al servicio de la política proletaria y debe combinarse con el trabajo productivo. El ejemplo que se da para ello es la «Universidad político-militar antijaponesa», y se predica el retorno a las tradiciones de la guerra contra el Japón. Esta «revolución pedagógica» tiene que inspirarse en el pensamiento de Mao, y tiene que estar dirigida por la vanguardia del proletariado, es decir, por el partido.

El comité revolucionario tiene oficialmente una triple tarea: «Apoyar lo que está de acuerdo con el pensamiento de Mao, criticar o corregir aquello que no lo está y luchar contra quien se opone al pensamiento de Mao».

Para llevar a la práctica estas ideas, la Universidad ha adoptado el principio de que el número de años de estudio debe ser reducido, que hay que limitar los cursos teóricos y, finalmente, que los estudiantes tienen que aprender en

la mayor parte posible a través de la práctica y a través de una gran especialización.

Por ello, la mayor parte de los estudiantes que salgan en el futuro de Chínhua habrán realizado de dos a tres años de estudio, en lugar de cinco o seis. Es necesario, por otro lado, señalar que, al igual que los años de estudio, también disminuyen las vacaciones; aunque la decisión final no ha sido tomada todavía serán, probablemente, de un mes al año.

Capacidad de análisis

La nueva Universidad socialista de Chínhua ha abierto sus puertas (los cursos fueron completamente interrumpidos desde el final de 1966 hasta el final de 1968) a los estudiantes campesinos, obreros y soldados el 15 de junio de 1970. Ese día se admitió a una primera oleada de ochocientos alumnos, a la que siguió una segunda el 29 de agosto y una tercera a finales de octubre; en total, 2.800 estudiantes en la Universidad y mil en los talleres. Los nuevos alumnos, de los que el 45 por 100 es de origen obrero; el 40 por 100, de origen campesino, y el 15 por ciento de origen militar, realizarán exámenes de un nuevo tipo. Tendrán que realizar por escrito un resumen de sus experiencias prácticas, y de esa manera habrán demostrado su capacidad de análisis. Al final de sus estudios no recibirán ningún diploma, pero su nombre será inscrito en un registro. ¿Los estudiantes de hoy serán el día de mañana intelectuales? En el sentido clásico, desde luego que no: tendrán que ser «trabajadores cultos».

Los trabajadores

El cielo está gris, y una lluvia fina y congelada se estrella contra el parabrisas del Peugeot 404. Hace tres horas que hemos dejado Pekín. A la salida de la capital hemos superado un puesto de control, y una hora más tarde hemos dejado la gran carretera asfaltada;

CHINA

el coche ha girado a la izquierda y ha cogido una carretera secundaria de tierra batida.

Nos cruzamos con camiones, con autobuses llenos de gente y con gran cantidad de pequeños carros de ruedas de goma tirados por caballos mongoles de patas cortas y cuerpo potente. A veces atravesamos un pueblo de casas bajas, cabañas de barro y paja, rodeadas de pequeños muros. Los niños nos contemplan maravillados. Los perros ladran. Hay muchos, están bien alimentados y son pequeños, toscos, con el pelo largo y el hocico cuadrado. Hace cinco años se veían muy pocos. Luego, el perro chino hizo su reaparición en el campo, y casi todos los campesinos tienen uno actualmente. Comen arroz y protegen los gallineros de los ataques de los zorros y de las garduñas. «Si es un perro valiente —me explicó un campesino—, nos lo quedamos. Si no sirve, nos lo comemos cuando tiene tres años. Pero la mayoría de los perros chinos son valientes».

¿Cuánto produce la comuna?

Después de cuatro horas de viaje llegamos al pueblo de Zun Hua, capital del distrito del mismo nombre, a 150 kilómetros al Este de Pekín. Con una extensión de 1.640 kilómetros cuadrados, poblado por ciento ochenta mil familias, que suponen quinientos cuarenta mil habitantes, el distrito de Zun Hua es una unidad administrativa y económica, compuesta por cuarenta y tres comunas populares, agrupadas alrededor de un pueblo mayor, que hace las veces de capital. Sin llegar a ser una unidad piloto, el distrito de Zun Hua es un ejemplo del tipo de unidad administrativa, económica y militar que se está construyendo a escala nacional como nivel intermedio entre la comuna y la provincia. Durante mucho tiempo se había acentuado la importancia de la comuna por un lado y de la provincia por otro, pero actualmente se ha escogido un camino distinto. A nivel nacional, Chi-

na está dividida en veintiséis provincias y regiones autónomas, a las hay que añadir tres municipios independientes: Pekín, Shangai y Tientsin. Las provincias están divididas en distritos (2.100 en total); los distritos, en circunscripciones, y las circunscripciones, en comunas. Actualmente se está prestando gran atención a los distritos que engloban una serie de comunas, y a las brigadas de trabajo (es decir, las aldeas), que son una de las componentes de la comuna.

En 1958, el distrito de Zun Hua fue dividido en nueve comunas populares, en las que se creó un pequeño número de industrias ligeras. Estas desaparecieron al año siguiente, decisión que ha sido atribuida «a la victoria de la línea de Liu Shao-chi», y en 1962, en el marco de la profunda reorganización que siguió al «gran salto adelante», el distrito fue totalmente reestructurado. Volvió a funcionar la industria ligera y se constituyeron cuarenta y tres comunas a partir de las nueve ya existentes.

Las comunas del distrito cuentan con diez mil habitantes por término medio. Están divididas en brigadas de trabajo, de diez a treinta por cada comuna, cada una de las cuales cuenta de treinta a setecientas familias. En realidad, estos son valores extremos, puesto que por término medio una brigada cuenta con ciento cuarenta familias, que supone ochocientas o novecientas personas. A su vez, las brigadas están divididas en grupos de cincuenta personas aproximadamente.

Antes de 1949, la producción media anual de un «mu» de tierra (15 «mu» equivalen a una hectárea) era de 50 kilos de cereal. En 1958 era de 200 kilos. En 1961, dicen que «a causa de la influencia de la línea de Liu Shao-chi», la producción bajó de manera notable. En 1962, con «la aplicación de la línea de Mao Tse-tung», la producción aumentó de nuevo. El rendimiento llega a 207 kilos por «mu» en 1969, y se espera aumentarlo en años sucesivos.

Un pequeño alto horno

Los cambios han sido espectaculares en los últimos años en el sector de la producción industrial. «Nuestra política —me declaró en Pekín un alto funcionario— consiste en crear una industria que se encuentre a nivel nacional y al mismo tiempo a nivel local. Actualmente prevalece la tendencia a montar industrias en el plano local».

Esta política representa, por otro lado, el total rechazo del modelo soviético. «En 1952 —me dijeron— construimos grandes industrias según el ejemplo soviético. Fue un error. Tenemos que aprender a caminar con nuestros propios pies: éstos son la pequeña y la gran industria. Es inútil copiar los métodos de otros países, porque en China las condiciones son diferentes».

Sobre la base de estos principios se ha montado en Zun Hua un mini-alto horno, que es una gran torre que está entre la gran planta siderúrgica y la forja rudimentaria. El metal fundido desciende por un canal excavado en la tierra que se ramifica en una serie de moldes, cuyas dimensiones son las de una tecla de piano, en la que el metal toma la forma de lingotes de diez kilos de peso. Parte de este metal, una vez solidificado, es sometido a un tratamiento para convertirlo en acero; el resto se distribuye por las diferentes fábricas de Zun Hua, donde, pasando por máquinas de increíble sencillez, se transforma en clavos, alambre, cazos, martillos, tijeras, horcones, tornillos y, en definitiva, en todos aquellos instrumentos indispensables en la vida cotidiana de una comunidad rural.

«Nosotros fabricamos aquí mismo todo aquello que necesitamos —me dice un responsable—; nos habían dicho que no era posible y que ya no había mineral de hierro ni carbón en la región. Nosotros lo hemos encontrado. Luego nos dijeron que nuestros sistemas no eran económicos. Durante un cierto tiempo creímos que era verdad, pero hoy, por el contrario, nos hemos dado cuenta que nuestro sistema es el más económico posible».

La creación de distritos autosuficientes para las necesidades corrientes no es solamente el resultado de exigencias económicas, sino que también está motivada por consideraciones de defensa nacional. En las fábricas de Zun Hua no sólo se construyen bicicletas y palas, sino también transmisores de radio, granadas, municiones y fusiles semiautomáticos. Aquí se piensa que hay que estar siempre «preparado para hacer frente a las calamidades naturales y a la guerra».

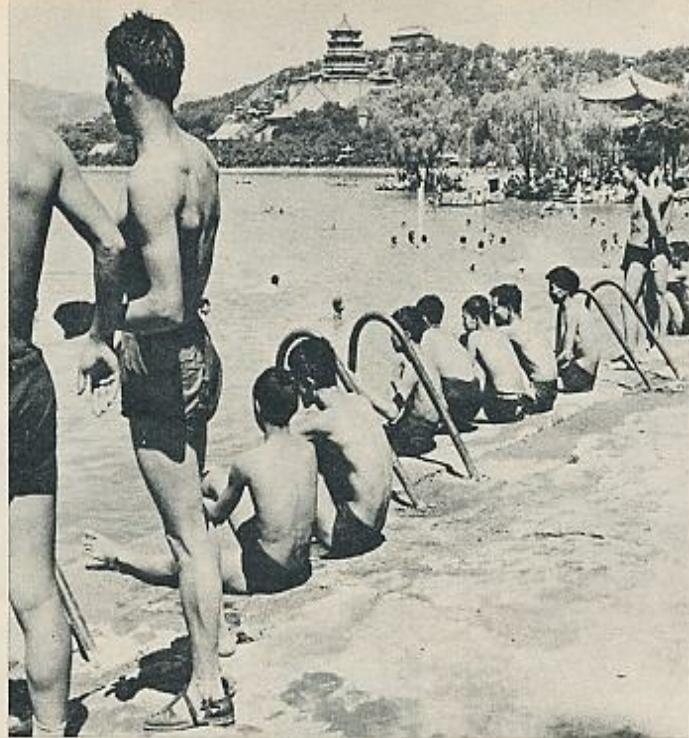
En la casa de un campesino

Son las cinco de la tarde. Dejamos el pueblo de Zun Hua para dirigirnos a la aldea de Hue Ke Tuang. El coche marcha por una carretera llena de piedras, y bruscamente cambia el paisaje. Nos encontramos en plena montaña, en medio de un paisaje lunar.

El coche avanza cabeceando entre los dos surcos de una pista que parece el lecho seco de un río. De vez en cuando, una cita del presidente Mao aparece pintada en rojo sobre un enorme bloque de piedra: «Seguid el ejemplo de Tachai», y más adelante: «Transformad China al igual que el viejo consiguió mover la montaña».

Cae la noche. Finalmente llegamos a una especie de meseta. A la luz de los faros descubrimos unas casas bajas, de piedra, entre los árboles gráciles doblados por el viento.

El coche se para. Un grupo de campesinos nos espera. A la luz de una linterna eléctrica continua-



El lago artificial del palacio de verano, en las afueras de Pekín, antes tabú para la gente, sirve hoy de piscina para la juventud.

CHINA

mos a pie por una calleja que nos lleva a una casa de la otra parte de la aldea. Entramos. Es la habitación de un campesino, donde pasaremos la noche.

El local en el que entramos tiene unas dimensiones aproximadas de cuatro por cinco metros. El suelo es de tierra batida, y las paredes están blanqueadas con cal. El techo está tapizado con viejos números del «Cotidiano del pueblo». La única ventana está cubierta por una especie de rejilla de madera sobre la que se ha pegado papel aceitado. Los goznes de la puerta, hecha de gruesas tablas clavadas, son de madera. A todo lo largo de una pared han construido una plataforma de ladrillos de una altura de cincuenta centímetros y de un metro ochenta de longitud: es un kang, la cama de los campesinos. Por dentro está vacío, y en invierno lo calientan con brasas del fuego. Cada dos años, el kang se destruye, haciendo otro en su lugar, utilizando los ladrillos del primero, reducidos a polvo, como fertilizante. El resto de la habitación está ocupada por una mesa, en cuyo centro está depositado un gran termo decorado con motivos florales. De la pared cuelga un retrato del presidente Mao. El propietario de la casa, el señor Yao, y su esposa viven en una habitación parecida, separada de la nuestra por una puerta que divide en dos a la casa.

El kang está recubierto por una estera sobre la que hay que extender dos gruesas mantas acolchadas, una de las cuales sirve de colchón. La almohada está llena de paja.

Durante la noche, el viento, que sopla a ráfagas, aleja las nubes. Nos levantamos al alba. El aire es fresco, el cielo azul, ese azul transparente y cristalino del invierno de la China septentrional. A nuestro

alrededor, las montañas, áridas y asoladas, se extienden hasta más allá de la vista. A lo lejos, en medio de un mar de piedras, la aldea de Hsa Hsu acoge a 650 habitantes divididos en 127 familias. La población activa es de 253 personas y el resto está formado por niños y ancianos. Una aldea (o si se prefiere una brigada de producción) posee 56 animales de tracción (caballos, mulas y burros), siete carros, veintisiete máquinas agrícolas y una bomba eléctrica para la extracción del agua. La superficie cultivada total es de 1.200 «mu», distribuidos en una extensión de tierra mucho más amplia, debido a que la zona es muy accidentada.

En Hsa Hsu se cultivan sobre todo cereales, mijo, maíz, trigo, y también legumbres, manzanas y batatas. La producción media anual ha sido de 280 kilogramos en 1969 y de 325 en 1970. Se obtiene solamente una cosecha al año. Las huertas privadas, que no han desaparecido, suman un total de 65 «mu» (es decir, un 5 por 100 de toda la superficie cultivada), lo que representa medio «mu» por cada familia (cerca de 300 metros cuadrados). Cada campesino es propietario de su casa, en la que se incluye un pequeño jardín en el que se cultivan legumbres.

Antes de la liberación

La cosecha total está dividida en seis partes, de la siguiente forma: reservas para los períodos largos, semillas para la siembra, alimentos para los animales, reserva de trabajo, cuota destinada para su venta al Estado y, finalmente, una parte para la brigada. Esta última se divide por el número de habitantes, con lo que se llega a una cifra de 210 kilos de cereal por persona. Este total es luego dividido en dos

partes. El 80 por 100 se reparte entre las familias según el número de sus miembros. El 20 por 100 restante es entregado a cada individuo proporcionalmente a la cantidad de trabajo desarrollado.

Aparte de los cereales, todas las familias reciben paja, legumbres, aceite, combustible y 40 yuan al año en metálico. Esta suma varía de un mínimo de 120 a un mínimo de 15, según el trabajo realizado por el individuo. Dado que el sistema de precios en China es muy distinto al de los países capitalistas, no tendría sentido convertir estas sumas en moneda extranjera. En general se comprende claramente que los campesinos de Hsa Hsu viven bien; pero ciertamente no siempre ha sido así. «Antes de la liberación —me dice el señor Liu (el Ejército rojo ocupó esta región en 1947)—, las chicas de la región no querían casarse con los chicos de Hsa Hsu: éramos demasiado pobres. No teníamos ropa adecuada para el invierno y no teníamos más que paja y avena para comer. Donde usted ahora ve campos, entonces no había más que piedras, campesinos sin tierra y mendigos».

Los dirigentes

En el gris del alba, las vastas extensiones de mieses que se doblan bajo las ráfagas del viento, que asola las grandes llanuras de China septentrional, se confunden en el horizonte con el gris del cielo. Con la espalda doblada, en grupos de color gris, entre el silbido de las hoces, siegan los hombres. Antes de comenzar el trabajo han clavado en el suelo enormes banderas rojas que ondean a cada golpe de viento. Más a lo lejos, con enormes letras pintadas sobre paneles clavados en postcitos, aparece una cita del presidente Mao: «Servid al pueblo».

De vez en cuando interrumpen el trabajo. Se enderezan, sacan del bolsillo el Libro Rojo y, en coro, leen una cita. Lejos de allí, en una aldea, otros hombres y otras mujeres están trabajando. Algunos arreglan un motor; otros, con ladrillos y paja construyen un horno. Tienen piel oscura, el color de quienes trabajan al aire libre. Muchos usan gafas con montura de acero. Mientras trabajan, charlan y ríen. Desde lejos se los podría confundir con campesinos. Por el contrario, forman parte del aparato dirigente, son los «kampo», burócratas, funcionarios, miembros del partido encargados de asuntos administrativos, son los «apparatchik» que han sido enviados al campo para que «aprendan de las masas».

La historia de un dirigente

En la primavera de 1966, Mao lanzó la directiva del 7 de mayo. «Es necesario que las grandes masas del aparato dirigente ayuden en los trabajos del campo», dijo en aquella ocasión.

En octubre de 1968, inspirándose en esta directiva, los cuadros dirigentes del barrio Chung Wen, de Pekín, crearon la escuela «Oriente es rojo», a 35 kilómetros de la capital. «Nos dieron la tierra y alguna herramienta y luego nos dijeron que nos arreglásemos como pudiésemos. En un principio vivíamos con los campesinos de los alrededores; muchos de nosotros nunca habían trabajado en el campo, pero los campesinos nos enseñaron. Para construir las casas fuimos a Pekín y tomamos las piedras de las antiguas murallas. Poco a poco construimos la escuela y trabajamos la tierra. Al principio era agotador, pero ahora las cosas van mejor y hemos aprendido a respetar el trabajo manual».

Los funcionarios de las tres puertas

Aquí no hay profesores. Los burócratas estudian el pensamiento de Mao en grupo, y el resto del tiempo trabajan en el campo. La mayor parte de ellos (eran cinco mil para la administración de un barrio de cuatrocientas mil personas) pasan, por turnos, tres o cuatro meses en la «escuela del 7 de mayo». Actualmente, la escuela comprende 550 funcionarios, de los que 220 son miembros del partido. Muchos son viejos comunistas que han combatido con el Ejército rojo; otros, en cambio, se han convertido en funcionarios a partir de 1949; son los llamados «funcionarios de las tres puertas», los que han entrado por la puerta de la oficina, de la familia o de la escuela, los que «sabían comer arroz, pero no sabían cultivarlo».

«Nuestra meta —me dice el director de la escuela— es crear un hombre completo, que sea, al mismo tiempo, un campesino, un obrero, un soldado y un administrador. Muchos funcionarios son realmente buenos, pero el mundo se transforma y los burócratas, si quieren seguir siendo verdaderos revolucionarios, tienen que transformarse también ellos. Es necesario que todos los funcionarios chinos vuelvan a tomar contacto con el mundo de los trabajadores».

La situación actual es mejor que la de 1965

«Los conocimientos adquiridos mediante los libros no sirven; si se quiere perpetuar el pensamiento revolucionario, no hay que perder el contacto con el pueblo».

Sería muy pretencioso querer hacer en este momento un balance de la revolución cultural. No obstante, nos está permitido hacer una serie de consideraciones. China y el régimen no sólo han conseguido sobrevivir, sino que la nación presenta hoy mucha mayor solidez de la que presentaba en 1965.



Los jóvenes artistas del Instituto Central de las Minorías Nacionales gustan de los temas revolucionarios.

MAS CERCA

Es cierto que China ha pasado momentos difíciles, pero en Occidente se ha exagerado la gravedad de éstos. Muy a menudo se ha insistido solamente en la parte espectacular de ciertos fenómenos y se ha dejado de lado su verdadero significado. Por este motivo, un diplomático occidental, acreditado en Pekín, ha dicho que el 90 por 100 de lo que se ha escrito sobre la revolución cultural era sustancialmente falso o bien estaba mal interpretado. Los primeros que admiten que se trataba de problemas importantes son los propios chinos, como lo indican los términos que se emplean para definir las características del momento: «lucha», «anarquía», «fraccionalismo», «recurso a la fuerza». Queda por saber lo que estas expresiones quieren decir en el fondo. En China una «lucha» puede ser política, y el «recurso a la fuerza» no implica que éste se haya generalizado. En cualquier caso, la revolución cultural fue mucho menos violenta en el campo que en las zonas urbanas, y, por otro lado, las crisis y los excesos nunca se produjeron al mismo tiempo en todo el país. Mientras las estructuras administrativas sufrían fuertes ataques en algunas regiones, en otras se encontraba ya en una avanzada fase de reintegración.

Finalmente, ni los partidarios ni los adversarios de la revolución cultural se enfrentaron directamente con el régimen en cuanto tal.

La profunda convulsión que significó la revolución cultural, ¿era realmente necesaria? Depende del punto de vista. Es cierto que los deseos de renovación que animaban a algunos dirigentes chocaron con el peso del pasado, con los viejos métodos, con las tradiciones. Es también posible que, vien-

do las cosas desde el interior, existiese una cierta pesadez en las estructuras, un principio de jerarquización, y que el sistema fundamentalmente flexible nacido de la revolución estaba en trance de esclerotizarse.

El papel del Ejército

El dilema del momento era si el partido seguía «tirando lo que estaba estropeado y tomando lo que estaba nuevo, para llenarse de dinamismo», o, por el contrario, se había convertido en una casta en la que se reclutaban los nuevos mandarines.

Pero no nos hagamos ideas falsas. El sistema, tal y como lo hemos conocido en 1965, aparte de las inevitables irregularidades y fluctuaciones, era eficaz. ¿Pero era esto lo que Mao Tse-tung concebía como el futuro de China?

Después de la convulsión han cambiado las instituciones, pero no los hombres. A todos los niveles, con excepción de los altos cargos políticos, la regla general es volver al puesto que antes se desempeñaba. Han cambiado los programas, pero no los profesores. Los burócratas marcharon al campo para aprender a manejar el pico y la pala, pero después de ello han vuelto. Los diplomáticos han sido llamados y más tarde enviados a las delegaciones en las que antes estaban. Los muertos han sido la excepción y no la regla. El recurso a la violencia no se hizo a voluntad de los dirigentes, sino a pesar suyo. Fue una situación que distó mucho de las purgas stalinistas, ya que el carácter general de la revolución cultural fue su dimensión humana. En cuanto a las autocríticas, formaban parte de la tradición y son actos de conformismo y no exclusiones.

Así como la creación de los comités revolucionarios provinciales ha señalado el final de la etapa violenta (en el sentido amplio de la palabra) de la revolución cultural, el reciente nacimiento de los comités provinciales del partido señala el punto culminante del proceso de «edificación y consolidación del partido».

En todo ello, el Ejército popular de liberación juega el papel de León. Durante la revolución cultural fue el elemento estable, una roca en medio de la tempestad. Hoy, los hombres de uniforme verde con una estrella roja en la gorra han accedido a los puestos de mando. Queda por saber si han llegado como militares o como comunistas.

El verdadero poder

Desde su nacimiento, el Ejército popular de liberación estuvo profundamente enraizado en el partido. Es más, era el partido en armas. El mismo Mao, además de ser un filósofo y un poeta, era un soldado. Es así que el Ejército de liberación no es solamente un órgano de defensa nacional, sino también el instrumento de la conquista y del mantenimiento del poder en el interior del país.

Cuando Mao escribe que «el poder está en los cañones de los fusiles», se refiere, fundamentalmente, al poder interior. «El Ejército ama al pueblo, el pueblo sostiene al Ejército». Estas frases escritas en las paredes, en los tableros de las fábricas, bordadas en las carteras de los escolares, están por todas partes, como también lo están los militares, en las calles, en las tiendas, en los teatros, en las fábricas y en el campo. Da la impresión que media China vista de uniforme militar, hasta tal punto que no se sabe si son los soldados los que han ido a trabajar al campo o los campesinos los que han ingresado en el Ejército.

Pero, aparte de las instituciones, el mayor cambio que ha traído la revolución cultural ha sido el de la posición del ciudadano medio chino en relación con el poder.

Ciertamente, la época en que los «tapezao» cubrían las paredes chinas ha pasado, pero quedan los «manifestos de gruesos caracteres». Como otras muchas manifestaciones de la revolución cultural, el fenómeno de los «tapezao» ha sido institucionalizado. Ha cambiado su tamaño, pero no han desaparecido. En vez de colocarse cara al gran público, los «tapezao» de 1971 aparecen más discretamente en las fábricas y en los patios interiores de las casas. En el que estaba pegado en una pared de la imprenta Hsin Hua, de Pekín, se podía leer: «La misma tarde en que el equipo nocturno y los empleados de la imprenta decidieron redoblar sus esfuerzos

Vestir bien solo exige minutos

Vestir el mejor traje, firmado

Boyman

realizado en tejido



la garantía que acompaña a las auténticas prendas Tergal

Linea actual, para los que exigen vestir rápido y bien



CHINA



Escena familiar en Shanghai: una joven pareja de obreros, la abuela y la niña comparten la misma casa.

para incrementar la producción, los funcionarios se fueron al cine. Ese fue un mal ejemplo. No se mostraron solidarios con las masas. Los obreros amonestan a los funcionarios por este comportamiento».

Por el contrario, en Shanghai, los «tapezao» se colocan en las calles sobre paneles dispuestos para tal fin. Son el vehículo de la «crítica de las masas». No están hechos por individuos aislados, sino por equipos de las fábricas y de las oficinas.

El cartel de protesta

Si bien la crítica colectiva ha sustituido a la crítica individual, no la ha eliminado por completo. Pegado sobre la vitrina de una relojería de Shanghai se podía leer el siguiente texto: «Traje un reloj para que me lo arreglasen aquí. Me contestaron que era imposible. Fui a otra tienda y me lo arreglaron en dos días. ¿Cómo se puede explicar esto? Evidentemente, la respuesta es que esta tienda no está el servicio del pueblo». El manifiesto llevaba la firma de su autor.

En 1965 no se habrían podido concebir tales críticas. Parece, por lo tanto, que el eclipse momentáneo del partido, que la explosión de las estructuras y del aparato de encuadramiento de las masas, haya tenido por resultado la creación de las bases de un poder popular, en la medida en que es posible la manifestación de una voluntad que no siempre está de acuerdo con la del poder. En este sentido, la revolución cultural ha supuesto la revancha de las masas contra el «apparatchik».

Con la máquina fotográfica por las calles de Pekín

Es significativo el hecho de que en el actual proceso de purificación y de elección de aquello que es necesario conservar o rechazar de la revolución cultural se haya, por así decirlo, institucionalizado el derecho de crítica. Ciertamente, esta crítica se hace en función de una línea ideológica que no es criticable en sí, pero el proceso de su aplicación se ha desmitificado.

Por primera vez en la Historia, un régimen socialista se ha arriesgado no solamente a tolerar, sino a animar una cierta forma de crítica. Y el derecho de levantar la voz adquirido por los chinos mar-

ca el final de la dictadura de los cuadros directivos. Para darse cuenta de este fenómeno a un nivel distinto basta con pasear por Pekín con una máquina fotográfica. Inmediatamente uno está rodeado por una pequeña muchedumbre. La gente quiere saber dónde va, por qué toma una fotografía de esto en lugar de aquello, y los comentarios se suceden. Todo esto se hace sin agresividad y tal vez con firmeza. Se deduce que la gente siente que todo lo que sucede a su alrededor le concierne y que puede expresar su propio parecer. Todo esto es realmente nuevo.

Ningún éxito es total ni permanente, por lo que se puede pensar que algunos resultados de la revolución cultural se perderán. Pero las huellas dejadas por estos tres años cruciales nunca se borrarán completamente.

El peso del pasado

Herederos de una cultura milenaria y de la más larga civilización que la Historia haya conocido, China, después de un siglo de decadencia y humillaciones, está construyendo su porvenir. Si tenemos en cuenta las dimensiones del problema no podemos pensar que una empresa así se realice sin obstáculos. De hecho, en ninguna cultura se ha hecho sentir de tal manera el peso del pasado, ni la voluntad de cambio tan tenaz.

Más allá de todas las críticas, de las buenas o malas cosechas, de los museos abiertos o cerrados y de los éxitos o de las dificultades, un proceso está en curso. China ha iniciado su camino, y conociendo las cualidades de trabajo, perseverancia e inteligencia del pueblo chino, no se puede menos que pensar que su futuro estará en proporción a su pasado. El camino es aún muy largo, pero, ¡no olvidemos el que se ha recorrido en estos últimos veinte años!

«Se encuentra aquí en el momento en que nuestra república popular celebra su veintiésimo aniversario —me decía el doctor Kuo Mo-jo, presidente de la Academia de la Lengua China, pocos días antes de mi marcha de Pekín—: sin duda habrá visto progresos, pero esto todavía es muy poco. Soy ya viejo y ya no me queda mucho tiempo de estar en el mundo, y algún día usted también lo abandonará. Si no fuese por esto, le invitaría a volver en la celebración de nuestro doscientos diez aniversario. Entonces se daría cuenta de lo que es capaz China». ■ A. C. Copyright EFE-L'Espresso.